
MAYTE MAGDALENA
ZAPATOS
de LLUVIA
La guerra se lo arrebató todo
menos el coraje
NdeNovela

Mayte Magdalena

Zapatos de lluvia

NdeNovela

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.
En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

© María Teresa Magdalena Herrero, 2025

© Editorial Planeta, S. A., 2025
NdeNovela, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.ndenovela.com
www.planetadelibros.com

Primera edición: febrero de 2025
Depósito legal: B. 476-2025
ISBN: 978-84-10140-20-2
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: Rotoprint by Domingo
Printed in Spain - Impreso en España



1

Paola nació una ventosa y desapacible noche de noviembre de 1911. La comadrona llegó tarde porque los caminos estaban embarrados debido a las continuas lluvias de aquel destemplado mes. Paola estaba impaciente por ver la luz, la misma impaciencia que su madre había mostrado ante la falta de la menstruación, y no se dignó esperar a que alguien con experiencia la ayudase a nacer. Llegó de repente, sin presentaciones dolorosas apenas; tan diferente al difícil parto de su hermano mayor que Carmen, su madre, no se lo creía cuando la sostuvo entre sus brazos.

La comadrona solo tuvo que preocuparse de las nuevas contracciones para expulsar la placenta y de limpiar a la madre y la niña.

—Será fuerte —sentenció— y orgullosa.

Y fue una premonición.

Sagrario, la comadrona, tenía fama de santera y adivina, pero su único secreto era la bondad de su corazón y la entrega de su afecto. Corpulenta y de edad indefinida, movía su enorme trasero al caminar de forma cadenciosa, como si sus pasos fueran entonando un compás que solo ella conocía. Su rostro era redondo y bonachón, pero lo más sobresaliente eran unos enormes ojos verdes rebosantes de inteligencia.

Era una mujer de manos grandes, manos contradictorias, manos de acariciar y exprimir. Tuvo que parir sola a sus dos hijos y reconocía el sentimiento de abandono y soledad

de esos instantes femeninos; así que, llevada por su carácter amable y generoso, empezó a correr en socorro de aquellas mujeres que se deshacían en gritos ante los dolores del parto. Pronto fue requerida en cualquier alumbramiento que se produjera a una distancia prudencial de su casa, y esta actividad terminó por convertirse en su sustento.

Tranquilizaba con su voz pausada y el calor de sus manos, al posarse en el cuerpo de la parturienta, tanteando un vientre desconocido; relajaba los músculos y alejaba el miedo. Preparaba infusiones y caldos, emplastos para evitar las infecciones, y sabía cuándo la madre debía empujar y cuándo la respiración evitaría un ataque de nervios.

En el momento en que llegó a casa de Carmen, todo había ocurrido con rapidez y la niña reposaba en los brazos de la madre con el cordón umbilical aún uniéndolas. Sus manos expertas tantearon a la pequeña, comprobando que todo estaba en orden, y cortó el cordón. Después la limpió con un paño de algodón y posó sus manos suavemente sobre el diminuto cuerpo de la niña, transfiriéndole el calor que necesitaba. Vistió al bebé y lo dejó en la cuna, que estaba al lado de la cama. Acto seguido se ocupó de Carmen, que, tras los momentos de pánico ante la inminencia del parto, los dolores y el alumbramiento en soledad, ahora se sentía reconfortada y tranquila por aquellas manos enormes y el tarareo de una nana desconocida.

—¿Ya tienes nombre? —dejó de tararear un instante para preguntar.

—Paola —dijo Carmen—, se lo escuché a un amigo del alcalde que vino de la capital.

La noticia del embarazo no había sido bien recibida. Corrían malos tiempos para las tierras de labor y, cuantas más

bocas que alimentar y menos brazos para trabajar, más penurias se vivían.

Carmen había esperado impaciente la señal de su ciclo, pero ante la evidencia tuvo que rendirse y aceptar su estado. Marcial tomó la nueva con perplejidad, con esa pregunta estúpida que algunos hombres hacen cuando no saben qué decir.

—Pero ¿cómo ha podido ser?

Después se sentó frente al hogar y añadió contrariado que esperaba que fuera otro varón. Ahí había acabado la conversación.

Marcial era hombre parco en palabras y espléndido en actos. Era calmado, rudo y discreto. Derramaba un amor callado hacia su mujer, plagado de pequeños detalles apenas perceptibles, pero que Carmen cazaba al vuelo y atesoraba ansiosa. Era dulce con ella, de la misma forma que con sus ásperas manazas acariciaba el ternero al que había que alimentar con biberón. A pesar de su aspecto frío, el amor lo transformaba.

Su mujer nunca fue un desahogo para él, nunca la obligaba al juego amoroso, nunca la violentaba; ella se prestaba siempre sumisa a sus manos, como había sido enseñada, pero le gustaba sentir el peso del hombre, le gustaban esas manos que se perdían en lo que no era susceptible de ser visto, le gustaba lo que le hacían sentir, los suspiros que arrancaba a su corazón. Se abrazaba a su cuerpo fibroso, duro, y sentía la penetración de su miembro como una celebración triunfal de victoria que ella vitoreaba. Se apasionaba con el movimiento cadencioso, lento y suave al principio, más y más violento después, y acababa por sucumbir al éxtasis cuando Marcial se derramaba, intentando siempre que aquellas semillas se esparcieran fuera de ella.

Entonces, como si el sentimiento abriera las puertas de

su alma de par en par, Marcial se volvía locuaz, abandonaba su silencio pertinaz y comenzaba a dejar que su corazón vomitara todo lo que con tanto ahínco había mantenido escondido. Hablaba de sus miedos, de sus proyectos, de sus pensamientos, como si la borrachera de amor le soltara el corazón y las palabras, a borbotones, salieran de su boca. Era en esos momentos cuando más ternura despertaba en su mujer.

Carmen era una amante privilegiada en aquel mundo rural, una mujer consentida y tenida en cuenta, una mujer satisfecha, aunque ella no lo supiera. No eran temas para cotorrear con las vecinas.

Sin saber ponerle nombre, se amaban.

Aquel atardecer, cuando los ecos del parto apenas resonaban ya, con la niña colgada de su pecho aún seco, sentada cerca del hogar para que el frío no se acercara a los frágiles huesos de Paola, Carmen esperaba la llegada de su marido con un incomprensible e infantil nerviosismo y una lejana sensación de culpa por no haberle podido dar otro varón. Hacía unos minutos que había escuchado su voz grave arreando a la mula para meterla en el establo, que se encontraba delante de la casa, y la impaciencia acompañaba su espera. Mientras el hombre abría la puerta, la madre miraba a su hija embelesada y repetía su nombre como si de esa manera ahuyentara las malas sensaciones.

Cuando Marcial entró en la estancia que hacía de cocina y de salón, se quedó parado, inmóvil. Su silueta, perfilada contra las últimas luces que se colaban por la puerta sin cerrar, no dejaba percibir su rostro, su gesto; solo era una figura contundente y oscura. Impaciente, navegando en la galerna del silencio masculino, Carmen se levantó y fue hacia él con su hija arrebujada entre los brazos y las mantas.

—Ha sido una niña y se llamará Paola.

Marcial extendió su mano y descubrió la carita del bebé, que dormía plácidamente. Con su áspero dedo índice acarició la piel de su mejilla y un pedacito del envés de su mano, que asomaba rebelde estirándose entre la nana. De inmediato, aquella diminuta mano se aferró a su dedo y provocó la carcajada tranquilizadora del padre, al que acababa de ganar la primera partida. Una de tantas a lo largo de su vida.

Manolo, el primogénito, aferrado a la falda de su madre, se chupaba el dedo, costumbre que hacía meses había perdido. Su padre lo tomó en brazos y le enseñó a su hermana Paola, explicándole cuánto había de cuidarla mientras él estuviera trabajando. Después, bajando la voz y entre risas, tomando a su mujer por la cintura, le confesó:

—Hijo, todavía no sabes la guerra que dan las mujeres..., pero ríndete ya. No podemos vivir sin ellas.

2

Paola creció entre cereales y flores, absorbiendo los horizontes eternos de Castilla, los cielos inflamados de atardecer y su carácter hosco. En los primeros años, su pelo rubio con tintes de sol llamaba la atención de aquellos que la veían, pero poco a poco sus cabellos se fueron oscureciendo como una premonición de su vida. Muchas veces el destino nos manda señales que nosotros nos empeñamos en olvidar, que no queremos entender o que preferimos desoír. Así, en pocos años, el color casi azabache de su cabellera la volvió irreconocible para quienes no la veían a diario.

Paola era mandona y cabezota, pero tuvo que domar su carácter ante la fuerza del entorno castellano. La vida discurría en su pueblo con la monotonía del día tras la noche, del verano tras la primavera y del fluir de los ríos. Todo parecía inmutable en aquellas llanuras, todo menos los seres que lentamente crecían y se hacían viejos. Pronto tuvo que dedicarse a ayudar a Carmen en las tareas de la casa. Aprendió a ir al río con el barreño apoyado en la cadera, con la tabla sobre la ropa que lo llenaba, y a tenderla después al sol en los postes del patio trasero, aunque apenas llegaba a las cuerdas; aprendió a cocinar el cocido de todos los días, a hacer pan, a zurcir la desgastada ropa de la familia. A veces subía en la mula y se acercaba a las tierras de labor, donde su padre y su hermano mayor trabajaban, para llevarles la comida y agua fresca si era verano.

La familia aumentó en número; José y la pequeña Lucía llegaron a este mundo para completar a la pareja, por lo que el trabajo se multiplicaba. Paola no tenía tiempo de pensar, de sentir o de protestar. Se levantaba al alba y se acostaba al anochecer rendida, pero no más que el resto de la familia, cuyos miembros, en la medida de sus posibilidades, cumplían con sus tareas.

Lo que más le gustaba era ir al río las mañanas de primavera, porque allí se juntaban las mozas del pueblo y contaban todos los chismes que se escondían entre los adobes de las casas, mientras frotaban con ahínco calzones y camisolas, enaguas y faldriqueras. No lo hacían con maldad, pero de aquellas mañanas nacían los cadáveres de la maledicencia.

—¿Te acuerdas de Juana, la del tío Mateo?

—¿La que vive cerca de la iglesia con su abuelo?

—Sí, esa misma. Dicen que se ve con Genaro el de la Paca, pero como él es tan mayor, el abuelo le ha prohibido que se hablen y ella se escapa por las noches y las pasa en el establo del Juan. María dice que está preñada.

—Muy floja de cascos ha sido siempre esa. No me extraña nada de lo que me contáis.

Cuando Paola no era más que una niña, asistía a las conversaciones como convidada de piedra, nadie la habría escuchado aunque hubiera tenido algo que decir; pero poco a poco, con el paso de los años, había aprendido el arte de cotillear, de levantar la liebre sobre cualquier tema que pudiera ser y a mantenerse alerta y firme en sus comportamientos para evitar estar en boca de las lavanderas del río.

Así se enteró de que había mujeres que engañaban a sus maridos, solteras que pecaban antes del matrimonio y quedaban sucias para siempre, embarazos que se escondían mandando a las muchachas con familiares de otros pueblos, donde las mantenían ocultas hasta el alumbramiento...

En todas aquellas conversaciones se creaban leyendas, un poquito de realidad y un mucho de imaginación; pero cuando las aguas comenzaban a correr se volvían imparables y, culpables o inocentes, los tocados con la lengua en aquellas mañanas estaban condenados a ser señalados con el dedo.

Cada vez que Paola volvía a casa con algún nuevo rumor, Carmen la reprendía, aunque en el fondo no dejaran de interesarle las habladurías.

—Debes mantenerte lejos de todos esos comentarios. Esas lenguas están cargadas de veneno y no te pueden traer nada bueno —le aconsejaba.

—Pero si yo no participo, solo escucho y le cuento a usted... —intentaba excusarse la muchacha.

—Todavía eres joven y tienes que aprender mucho. El aburrimiento y la envidia sacan punta a todo, y hasta una tontería puede convertirse en problema. Rodará y rodará y no sabes a quién terminará salpicando. Reza para que no llegue a ti.

—Entonces, ¿no quiere saber lo que dicen de la Juana?

Carmen se tragó las ganas.

—No hija, ya sabes el dicho, quien la hace la paga. No olvides nunca que el mundo es un pañuelo y si el río suena, agua lleva, aunque haya sequía —sentenció, dando por concluida la conversación.

Aquellas palabras iban grabándose a fuego en el corazón de la niña; la rectitud en el comportamiento de su madre, su mirada, que la traspasaba, y algún que otro coscorrón cuando tenía una actitud inadecuada fueron fraguando su carácter y sus maneras.

Antes de que cumpliera los dieciséis años, el día de la Virgen, el pueblo se levantó de fiesta.

Era un día caluroso de agosto, de esos que deshacen las

visiones en agua cuando lanzamos la mirada al infinito. La noche había sido sofocante y el día amaneció con promesa de ahogo antes aun de que hubiera salido el sol. En el interior de las casas de gruesos muros el calor era soportable, pero poner un pie en la calle se hacía casi imposible.

A las doce en punto, toda la familia estaba arreglada de forma humilde pero impecable para entrar en la iglesia. En esos días, la plaza del pueblo no era más que un escaparate con propensión al chismorreo. Todos los hogares acudían al oficio calladamente obligatorio o hipócritamente voluntario con sus mejores galas y sus más apreciados abalorios, que, en la mayoría de los casos, no eran más que los trajes de domingo un poco reformados por manos expertas para la ocasión y alguna que otra pequeña pieza de bisutería doméstica. Cuellos a los que se añadía una puntilla blanca, puños que se volvían, botones que se cambiaban, un pañuelo que un pariente lejano regaló cuando visitó a la familia...

En la mayoría de los casos, y sobre todo en los hombres, quedaba patente la incomodidad de aquellas prendas, que no estaban acostumbrados a llevar. Mangas largas, velos en la cabeza, colores sobrios, todo el respeto debido a la Iglesia y a quien habitaba en ella..., y calor, mucho calor.

El pueblo entero, en pequeños corrillos, esperaba en la plaza a que el párroco abriera las pesadas puertas de madera del acceso principal de la iglesia; unas puertas que solo se abrían en esa festividad, en conmemoración de la Virgen, ya que el resto de los días se accedía al templo por la entrada sur, la más cálida y cuya gemela al norte había sido tapiada, como en tantos otros templos, para evitar las mortíferas corrientes de aire de los inviernos castellanos. La puerta sur daba a un pórtico cubierto con bellas vigas de madera, que en algún momento estuvieron talladas, y se cerraba con unas graciosas columnas románicas que sujetaban unos arcos de

medio punto. Era un edificio de piedra que sobresalía por encima de todos los demás, esbelto y delicado, tan fuera de lugar en aquel remoto pueblo como una orquídea entre los cardos.

Un chirrido sordo y un arrastrar de madera resonaron en la plaza en el mismo momento en el que varios mozos se apresuraron a empujar los portones desde fuera, portones que después de tanto tiempo se negaban a moverse.

El silencio en aquellos momentos se hizo denso y expectante; todos los ojos se mantenían atentos al esfuerzo de aquellos hombres por abrir la casa del Señor. Las más ancianas se colocaban el velo negro delante de los ojos y bajaban la cabeza en señal de decoro; las más jóvenes imitaban sus gestos con desgana, sin perderse ni uno solo de los movimientos de aquellos fornidos hombres, que empezaban a sudar copiosamente por el esfuerzo y las inapropiadas ropas que vestían para un día tan tórrido.

Al final, las puertas se abrieron de par en par y apareció el sacerdote vestido con sus mejores galas, con cara circunspecta, una cruz de oro entre las manos y ademanes de recogimiento.

Don Fernando, el cura, era un hombre cuarentón, bajito y rechoncho, con unos osados colores en sus mejillas que recordaban un lechón satisfecho tras la comida, unas gafas redondas que cada dos por tres se veía obligado a colocar sobre su escasa nariz y una mirada gélida que espantaba a los niños. Tenía fama de severo y sus penitencias tras las confesiones eran modélicas.

Las malas lenguas contaban que en su juventud había sido díscolo con el obispo de Madrid y que este lo había acusado de relacionarse sospechosamente con una novicia de la que era confesor. Fuese verdad o mentira, lo cierto es que sus huesos habían ido a parar a aquel pueblo perdido de al-

mas ignorantes, un agujero inmundo para sus ambiciones, donde el carácter le fue cambiando, la amargura, poseyéndolo y la sensación de perder su vida, dominándolo. Había sido mezquino con sus feligreses, arrogante, con un sentido de la superioridad que envilecía sus votos y que despertaba dudas en todos aquellos que acudían a pedir su consejo o absolución.

Don Fernando levantó la cruz y bajó la cabeza mientras una voz grave salía de sus labios entonando el avemaría. Después se dio la vuelta y, con la cruz aún en alto, hizo una genuflexión de cara al altar y comenzó a caminar con paso lento hacia el interior de la iglesia, seguido de todos los habitantes del pueblo en silenciosa y reverente procesión.

Ya estaban la mayoría de los fieles en sus asientos cuando un repiqueteo de tacones atronando contra la piedra del suelo como un eco incontrolable hizo que todos los ojos, a un mismo tiempo, se giraran hacia la puerta que, escasos momentos antes, acababan de traspasar.

Paola también se volvió, y la imagen que vio quedaría marcada en su retina durante mucho tiempo.

La muchacha pensó que esa mujer parecía más un ángel que un ser humano. Alta, muy delgada, caminaba desplazándose por el espacio como si lo dominara, altiva y serena. Llevaba un sombrero blanco en las manos, que se acababa de quitar deslizando el alfiler que lo mantenía sujeto a su cabeza, y lentamente se despojaba de unos pequeños guantes de seda, dejando ver unas manos pálidas y cuidadas. Su blusa blanca también era de seda, ligera y susurrante, un tejido que de forma vaporosa mostraba y escondía, desbordando la imaginación de los más osados. Una falda recta azul marino hasta los tobillos que dejaba ver unos zapatos de medio tacón, culpables de que todos aquellos ojos confluyeran en un mismo punto, completaba el conjunto.

Tras el primer momento de confusión llegaron los comentarios, los susurros y los rumores, que, como una ola, iban en aumento. Cuando parecía que el mar de las palabras estaba a punto de desbordarse, el sacerdote se dio la vuelta y todo el mundo se levantó devotamente o por respeto. Don Fernando vio a la recién llegada entre la multitud y, durante unos segundos, un silencio agobiante oprimió a los presentes. El sacerdote abría la boca tratando de que las palabras fluyeran por sus labios, pero la presencia de aquella mujer le había helado la sangre. Hizo un esfuerzo por mantener la compostura, carraspeó y dio comienzo a la misa.

—Pero ¡cómo se atreve! —oyó decir Paola a su madre.

Dionisia o Dioni, como todos la llamaban en el pueblo, había abandonado aquellas tierras varios años antes, los suficientes como para que Paola no recordara su rostro. De cualquier manera, aunque la hubiera conocido bien, habría sido muy difícil reconocer en aquella elegante mujer a la chiquilla asustada, enfermiza y enclenque que un día se marchó de allí.

Dioni, la prima de Paola, había perdido a ambos progenitores por culpa de la gripe en aquellos años en los que la fatal enfermedad quiso tambalear al país sin piedad: primero había fallecido Pedro, su padre y hermano de Marcial, y después, no se sabe si de pena o contagiada por su marido, murió su madre, dejando cuatro niños por atender.

Los dos varones, todavía demasiado jóvenes para ser jornaleros, habían quedado bajo la tutela de sus abuelos, a quienes podrían echar una mano en los campos. La hermana pequeña, una niña aún, había sido acogida cristianamente en casa de los herreros, a los que, según don Fernando,

Dios había castigado sin poder tener hijos por sus muchos pecados.

Dioni, sin la posibilidad masculina del trabajo y sin edad suficiente para el matrimonio, se convirtió en el gran problema de sus parientes, problema que nuevamente solventó don Fernando, quien se puso en contacto con una influyente familia de Madrid, conocida de sus años de sacerdocio en los barrios más prestigiosos de la capital, para que buscaran a la joven una casa decente donde servir.

Así, Dioni, recién estrenados sus catorce años, se vio obligada a dejar todo lo que conocía, después de enterrar a sus padres y sentir que abandonaba a sus hermanos. Tuvo que separarse de sus amigas, de sus campos, de su casa y de su mundo para embarcarse en un viaje que no comprendía dónde la llevaba. Nadie sabría nunca las lágrimas que brotaron de sus ojos hasta quedarse secos, hasta que enfermaron y sucumbieron al dolor que la hizo insensible de por vida.

Ahora, a sus veinticinco esbeltos años, era la reencarnación de la vergüenza para todos los suyos, quienes habían desterrado de sus vidas la existencia de la muchacha. Se rumoreaba que era la supuesta querida de un diputado madrileño que le había puesto un piso en el conocido barrio de Salamanca, que la colmaba de regalos y caprichos que ella atesoraba con inteligencia, con el conocimiento de que aquello no duraría siempre, y a quien manejaba a su antojo, procurándose un futuro que nunca tuvo. Había estado mandando asiduamente dinero a sus hermanos y, hasta que no se había destapado el escándalo, sus escasas misivas de letra entrecortada y faltas de ortografía no contaban más que lo que todos querían creer. Después, silencio.

Carmen siempre decía que el mundo era un pañuelo y que las cosas bien hechas bien parecían, y en este caso, las cosas, desde la perspectiva del decoro, no estaban bien he-

chas y el mundo, que era un pañuelo, se convirtió en una servilleta para que se lavaran las manos todos aquellos que acompañaron a esa niña a la parada de postas.

Primero llegaron los rumores, después más y más chismorreos y alguna que otra prueba y, por último, la muchacha se convirtió en el tema central de todos los corrillos del pueblo. Ya fuera en la taberna, en el lavadero del río, en las puertas de las casas mientras se cosían los ajuares, en todas partes surgía el nombre de Dioni y sus correrías. Un día vivía en un burdel y al siguiente estaba embarazada de un soldado, poco después era la querida de un artista...

Y cuando el río suena...

Marcial, tan escaso en palabras como discreto, llegó a la conclusión de que su familia no podía ser mancillada de aquella manera, con o sin razón, y que era mejor saber que imaginar. Así se lo comunicó a Carmen en uno de esos momentos de ternura borracha de amor en los que su lengua se volvía locuaz.

—Tengo que saber cómo vive mi sobrina y acabar con esta pesadilla. Mis padres ya son mayores y, aunque nadie les dice nada a la cara, ellos sospechan que pasa algo. Dioni no nos puede hacer una cosa así. Sus hermanos... Todo el mundo la ayudó y... ¿Tú crees que nos puede pagar de esta manera?

Carmen callaba y asentía, sintiéndose un poco culpable de lo que pudiera haber pasado con aquella criatura a la que habían lanzado prematuramente a la jungla de una ciudad desconocida, sin apoyo, sin ayuda ni explicaciones, estrenando la orfandad y el abandono de los suyos.

Marcial no sabía escribir apenas, pero a Carmen le había enseñado su padre, como ahora ella hacía con sus hijos en los momentos en los que el invierno se afanaba en vendavales fuera de los muros de la casa. A menudo, los niños, enfurruñados por tener que dedicarse a una tarea inútil en vez de

jugar, preguntaban a su madre por qué los obligaba a coger aquellos carbones para escribir garabatos y leerlos, y Carmen siempre respondía lo mismo que su padre le decía a ella: «El saber no ocupa lugar». La inmutabilidad de los hechos y las palabras en aquella vida ajena a los caprichos del tiempo era una fortaleza que se retroalimentaba a sí misma con el paso de los días.

Y así, con la pericia femenina, el matrimonio se afanó en escribir la primera carta dirigida a la familia donde Dioni supuestamente servía, pidiendo noticias de ella.

Pero tras un mes de espera y un silencio sepulcral, la impaciencia y las dimensiones que estaban tomando los comentarios, que se hacían cada día más insoportables, empujaron a Marcial a visitar a don Fernando.

—Dime, Marcial, ¿a qué se debe tu visita? —había preguntado el sacerdote con un cínico tono condescendiente, sin levantar la cabeza de su lectura.

Aquel hombre se explicó lo mejor que pudo, intentando no dar por sentado ningún comentario, tratando de no parecer rudo ni insultante, buscando con vehemencia las palabras que le permitieran explicar la situación sin pasar la vergüenza de exponer sus temores más profundos. Apretaba con fuerza su sombrero de paja vieja contra su vientre y se sentía ridículo vestido con aquel traje de domingo desgastado, que se había empeñado Carmen en que se pusiera.

Don Fernando lo dejó hablar, saboreando cada insuficiencia en las palabras del otro, sintiéndose superior en cada tartamudeo, en cada silencio, en cada sonido mal pronunciado. No era muy cristiana esa actitud, era consciente, pero la vida en aquel pueblucho era tan monótona, tan inadecuada para sus capacidades, que al menos se podía permitir el pecado de la soberbia con aquellas ignorantes gentes; Dios comprendería su frustración.

Cuando Marcial terminó su trabajoso discurso, bajó la cabeza e hizo la petición.

—Don Fernando, ya que usted conoce a la familia que contrató a mi sobrina, me gustaría que me pusiera en contacto con ella o con cualquiera que me pudiera dar noticias, para acabar de una vez con tantas mentiras. Se lo pido por favor.

—¿Está usted seguro de que todo son mentiras, Marcial? —La crueldad de esta pregunta sobrecogió al campesino, que no supo contestar. Don Fernando, con una mueca que no llegaba a ser sonrisa, se levantó de detrás de su gran mesa y se acercó a aquel hombre que tragaba saliva a borbotones—. Quien busca la verdad puede merecer el castigo de encontrarla —filosofó el sacerdote, situándose a escasos centímetros del campesino, tanto que este pudo comprobar el olor de su aliento.

Marcial no entendió exactamente el sentido de las palabras de don Fernando, pero su intuición le decía que aquel hombre sabía más de lo que parecía y un velo de negrura cubrió sus ojos, un velo cuajado de escarcha y dolor, una ansiedad que latía en su corazón abriendo, por vez primera, la desdicha de la duda. Le preguntó que a qué se refería con lo que había dicho, pero don Fernando se deslizó entre sus palabras como una serpiente en el agua y simplemente le prometió interesarse por el tema.

Don Fernando cumplió su promesa y saboreó la bomba que iba a lanzar sobre aquel manojo de ignorantes. Dios le perdonase aquel sentimiento, pero traía una noticia que tendría ocupados durante meses a todos los que se alegraban del mal ajeno, que eran muchos, a los aburridos, a los que se creían mejores, a las santurronas y a los pecadores.

Cuando don Fernando mandó recado a Marcial de que lo esperaba en la sacristía, este se presentó con premura y con la ansiedad lamiendo su alma. A continuación, el cura pasó a referirle sus pesquisas.

—Efectivamente, Dioni estuvo trabajando dos años en casa de los amigos de los que te hablé, pero de la noche a la mañana se despidió y se marchó, sin dar motivo. Convendrás conmigo en que eso es comportarse como una desagradecida con quienes la acogieron en su hogar.

Marcial bajó los ojos y se removió en la silla. Su silencio animó al sacerdote a seguir.

—Poco he podido averiguar sobre qué hizo a continuación, ni rastro de ella hasta hace relativamente poco. Sin embargo, ahora es una mujer conocida. —Puso mucho énfasis en esa palabra—. Y el motivo de esa «fama» no es otro que la tentación de la carne, ya me comprendes, una situación pecaminosa.

Marcial no había quedado convencido con aquel discurso tan complicado para sus entendederas; necesitaba oír lo que no creía posible, para que ese latigazo en sus sentidos lo despertara de su ignorancia y lo zarandeara, traduciendo en sonidos reconocibles la traición de su sobrina.

Así se lo hizo saber a don Fernando y este, impaciente ante tanta ignorancia y tanta cerrazón, decidió decirle la verdad de una manera cruda y comprensible.

—Su sobrina, querido Marcial —le dijo arrastrando las palabras con retintín—, es una querida, eso sí, la querida del diputado Alfonso del Leal. Al menos ha disparado alto. —Comenzó a sonreír con picardía, pero inmediatamente se dio cuenta de lo inoportuno de su gesto y de su chanza, carraspeó y mantuvo la compostura.

Marcial sintió la mano del sacerdote palmeando con fingida compasión su espalda y una tristeza indómita y desco-

nocida se apoderó de su corazón y salpicó de vergüenza cada una de las gotas de su sangre, tiñéndolas de negro. Dio las gracias con la cabeza baja, se colocó el sombrero, que había deformado de tanto apretarlo, y, con la mente arrasada de un vacío interminable de incomprensión, salió de aquella habitación que olía a incienso, escuchando un lejano «lo siento» que no quería decir nada.

Cuando abrió la puerta de su casa intuyó que Carmen ya lo sabía y maldijo a aquel hombre que, en vez de enviado de Dios, parecía la reencarnación de Satanás, palabras que le valieron la reprimenda de su mujer por la blasfemia.

Como bien había predicho don Fernando, la vida de Dioni dio que hablar durante meses, tiempo en el que la familia de Paola sufría y recibía la lástima, más o menos sentida, de los demás.

Paola en aquellos momentos no era más que una niña y no supo de su prima hasta muchos años después, ya que la familia se encargó de ir enterrando, día tras día y comentario tras comentario, la existencia de aquella que había marcado a todos con su vergüenza. Dioni desapareció lentamente de los labios del pueblo cuando no hubo más que contar y quedó como un simple murmullo del mal ejemplo, lejano y cruel.

Y ahora, cuando parecía que todo aquello había desaparecido de sus vidas, Dioni llegaba como una aparición el día de la festividad de la Virgen.

Carmen miraba a su marido, erguido, siguiendo el oficio como si aquello no fuera con él, pero sus labios apretados y las mandíbulas en tensión no dejaban lugar a dudas del nerviosismo que le corroía.

El simple pensamiento de volver a sufrir el calvario fami-

liar que habían padecido revolvía las entrañas de todos; y, cuando don Fernando pronunció las palabras finales y concluyó la ceremonia, un murmullo contenido durante todo el oficio se elevó como un maremoto en una playa solitaria y las miradas se volvieron de nuevo con descaro hacia los últimos bancos, donde ya se levantaba la interfecta, que, sin hacer caso a todo lo que despertaba, se dirigió al centro de la iglesia con los ojos fijos en su tío.

Según se fue introduciendo entre las personas que llenaban el templo y que no se movían en espera del espectáculo, el silencio se hizo espeso.

—¿Tú qué haces aquí? —inquirió Marcial atropelladamente, y sus palabras sonaron a hueco entre los muros de piedra de aquel lugar.

—Hablar con usted, tío.

—Yo no tengo nada de lo que hablar contigo y ya te imaginarás que no eres bien recibida.

Paola, detrás de su madre, asistía a la escena sin entender el comportamiento de sus padres, ni de sus primos, que habían salido a toda velocidad con el abuelo medio ciego —la abuela ya no podía moverse de la cama—, ni de todos sus paisanos, que parecían saber lo que pasaba, ni de aquella mujer tan elegante y bella que no conocía.

Marcial resolvió que era mejor solventar lo que fuera en la intimidad, lejos de todas las personas que asistían ansiosas a los hechos y que se preguntaban unas a otras qué había dicho cada uno.

A pesar de que se estaba preparando la procesión, la familia de Paola no asistiría; salió con la joven de la iglesia y todos se dirigieron a la modesta casa que desentonaba claramente con el estilo de la dama, que trastabillaba con los tacones por el empedrado primero y por el camino de tierra después.

El calor era, si cabe, todavía más sofocante; todos sudaban copiosamente y se tenían que secar la frente con asiduidad, a excepción de la desconocida, que parecía estar por encima de problemas tan terrenales. Caminaban deprisa y Paola temía que en uno de los traspiés aquella aparición diera con sus huesos en el suelo, pero ella siempre se reponía y continuaba con el paso recto. La muchacha no le quitaba ojo y, aunque percibía en el ambiente el huracanado viento de una galerna, caminar al lado de la hermosa joven hacía que se sintiera importante y especial. Nunca había visto a nadie así, ni por aquel peinado que recogía perfectamente su cabellera castaña en un moño cruzado, ni por las ropas que vestía, ni por la gracia con la que se movía. Llevaba pintados con discreción ojos y labios, y su piel clara parecía perfecta.

De repente, se volvió y le sonrió.

—Tú debes de ser Paola, ¿no? —La muchacha asintió—. ¡Cómo has crecido! Ya eres una preciosa mujercita. Los muchachos te seguirán a todas partes.

Paola se sonrojó e iba a contestar cuando la voz seca de su padre le pidió que no molestara a la señora. Dioni puso un gesto de desconsuelo y continuó su camino, entendiendo perfectamente lo que había querido decir.

Manolo se atrasó, se quedó atándose la alpargata y llamó a su hermana para que lo ayudara a guardar el equilibrio. Paola se dio la vuelta con desgana, porque ya no podría continuar observando a aquel ser que parecía venido de otro mundo, aquel ser de viento.

—Y ahora qué te pasa, ¿no sabes hacerlo tú solito?

—Te he llamado para que dejes de mirarla como si fueras boba o padre te va a dar un coscorrón, porque está muy enfadado y tú lo estás poniendo más nervioso. ¡Que no está el horno para bollos!

—¿A qué viene tanto misterio?

—¿No sabes quién es esa?

—No.

—La Dioni.

—¿Dioni? ¿La prima? ¿La que vive en Madrid? ¿La que es una...?

—¿Quieres callarte? Al final nos la ganamos. ¿Quién te cuenta a ti esos chismes?

De pronto Paola empezó a comprenderlo todo, a hilar cabos y silencios, sonrisas escondidas y palabras a medias, y con la mano en la boca se sonrojó mientras un gusanillo de desconcierto y aventura le mordía las entrañas.

Los hermanos echaron a correr y alcanzaron con rapidez a la comitiva, que torcía por la calle de la Era hacia la casa. Al fondo, tras los últimos tejados, un cielo raso inmensamente azul contrastaba con la angostura ocre de los campos, dando al paisaje un hálito de ahogo y sed.

Dioni perdió la mirada en aquel paisaje que un día fue suyo, que un día perteneció a su mundo, y en ese mismo instante descubrió que todo le era ajeno, que sin darse cuenta la herencia de sus antepasados pertenecía a otros. Por primera vez se preguntó qué hacía allí.

Entraron en la pequeña sala donde olía a leña y guisos y Carmen les dijo a sus hijos que se quedaran fuera, ordenando a los mayores que cuidaran de los pequeños. La cara de contrariedad de Paola fue tan evidente que su madre le echó una severa mirada de esas que no permitían cuestionar nada.

La puerta se cerró en sus narices.

Sin embargo, los hermanos no estaban dispuestos a ceder, no podían perderse lo que allí se fuera a decir; así que con una mirada cómplice corrieron hacia el lateral de la casa, se apostaron por debajo de la ventana de la sala que, con aquellos calores, estaba abierta y, atentos a los correteos de sus hermanos, se dispusieron a escuchar, sin saber que poco

necesitaban acercarse, porque la conversación subió de tono en pocos minutos.

Marcial ni siquiera invitó a la joven a sentarse, pero de su boca a borbotones brotaron los reproches.

—No sé qué se te ha perdido en el pueblo, pero quiero que te vayas inmediatamente. Eres una vergüenza para la familia y, a pesar de que hemos intentado mantener a los abuelos lejos de las habladurías, no sé si lo habremos conseguido, porque fuiste la comidilla de todo el mundo y nos arrastraste con tu mierda a los demás.

Desbordado el río de la ira, la frustración y el dolor se deslizaron por sus aguas en forma de palabras.